



UNA DEFENSA DEL LECTOR *FREAK*¹

por Esteban Cabezas²

Partamos al revés, como si estuviéramos leyendo un libro de manga. Comencemos con el señor Harold Bloom, destacado crítico, que en una columna del *Wall Street Journal* se lanzó en picada contra los seguidores de Harry Potter. Según él, eran muchos los lectores confundidos —bueno, millones de ellos—, los que eran presa de una “Una máscara para la estupidización que está destruyendo nuestra cultura literaria”.

No ha sido la primera embestida frontal de Bloom contra algo que considera como una paraliteratura o una subliteratura.

El paso siguiente fue publicar su selección personal, otro listado aparte de su famoso *El canon occidental*, esta vez titulado *Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes de todas las edades*, un compendio de 40 cuentos y 85 poemas, todos del siglo XIX y anteriores.

O sea: sí podía existir una literatura para niños y jóvenes... pero era la que Bloom había leído en su propia niñez y juventud. Y si se acerca la lupa a su selección, de verdad hay maravillas incombustibles, como el cuento de Gogol llamado “La nariz”, pero también hay una marcada preferencia por lo anglo, algo que se lamenta en las traducciones de poesía al castellano. Y si entramos al campo de qué tan significativas pueden ser estas lecturas para un niño contemporáneo, hay mucho para discutir.

Pero ¿por qué partir con el caso Bloom?

¹ Ponencia presentada en el Seminario Internacional “¿Qué leer? ¿Cómo leer? Perspectivas sobre la lectura en la infancia”, realizado los días 6 y 7 de diciembre de 2012 en la biblioteca Nicanor Parra de la Universidad Diego Portales.

² Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y escritor de libros de literatura infantil y juvenil. Es autor de la saga protagonizada por Julito Cabello, que ya cuenta con cinco títulos. En 2009 obtuvo el Premio de Literatura Infantil *El Barco de Vapor* y ese mismo año fue finalista del premio *A la orilla del viento* del Fondo de Cultura Económica.



Porque ayuda a caracterizar a un tipo de “promotor” de la lectura. Léase bibliotecario, profesor o crítico que, aun con la mejor de las intenciones, hace como un sacerdote lefebrista: predica de espaldas.

Y también con este volumen para “niños extremadamente inteligentes” se hace presente y evidente esa antigua división entre la alta y la baja cultura, donde la primera tiene por misión “hablar de lo elevado”, como ha puntualizado el milenarista Norman Cohn.

Para no tomar partido por los contrarios a la alta cultura, como Coelho y su ataque al *Ulises* de Joyce y todo el daño que habría causado a la literatura, creo que es mejor ponderar y matizar con la ayuda de algunos amigos.

Por ejemplo, Umberto Eco, cuando en su *Apocalípticos e integrados* pide precaución para que la teoría no sea ciega frente a la realidad, frente a la “práctica cultural”, para que no imponga su carga sobre el fenómeno a estudiar.

Esta postura menos rígida, y menos cargada de una búsqueda de poder, también se encuentra en algunos textos de Pierre Bordieu, cuando define como “difuminada” la frontera entre alta y baja cultura, con el caso de algunas obras de tramo inferior que han evidenciado una gran calidad.

Finalmente, y recurriendo al planteamiento de un ensayista citado por Eco, Dwight MacDonald, podríamos considerar que entre ambos extremos se desarrolla una *midcult*, con productos de entretenimiento que —incluso— recurren a técnicas de vanguardia... aunque sean fundamentalmente *kitsch*. Como ejemplo, para este autor los libros de Somerset Maugham, Hemingway y Thornton Wilder caen en esta medianía.

Es un poco duro este MacDonald.



Pero en fin. Si en un extremo se encuentra mister Bloom y en el otro, y ya hablaré de eso, campea una literatura infantilizante, es en el territorio intermedio donde habitan otros libros. Libros distintos, sin nacionalidad clara, textos algo apátridas que —en lo personal— han construido la casa en la que habito desde mi niñez.

Lo infantil

Si alguno de ustedes ha podido leer parte de los trabajos sobre la infancia del historiador francés Phillipe Ariés, se podrá hacer una idea de cómo los infantes han pasado de ser prescindibles, regalables y hasta asesinales en tiempos remotos, hasta su posición actual. Porque ahora existen, son considerados. Y eso no es tan reciente: Recién se cumple un siglo desde que pasaron a ser sujetos en vez de ser considerados prácticamente como objetos.

Porque recién hace un siglo aparecen los juguetes, la primera ropa infantil y algunos libros hechos pensados en ellos. Hace un siglo, donde termina precisamente la selección de Bloom.

Pero empatizar con estas transformaciones es tarea difícil, porque como dice Ariés, solo se pueden percibir estos cambios cuando se acumulan tanto que su densidad los hace evidentes. “Con el niño, pues, ha sucedido lo mismo que con la agricultura: no se puede hablar de revolución de la infancia, como no se puede hablar de revolución agrícola... aunque también se haya intentado hacerlo”.

Como ejemplo, alguien que fue consciente de estos cambios en su época, fue el editor Paul Faucher. Su objetivo, en sus propias palabras, era hacer libros que sirvieran como “fermentos de liberación y de actividad”. Por lo mismo se oponía a los “libros de imágenes pesados, gordos, caros, de tapa dura y gusto dudoso”. Y su solución fue hacer libros “de imágenes sustanciosas, fácilmente asimilables, con pocas páginas y que respondieran a consideraciones artísticas escrupulosas”.



El resultado fue la publicación de la serie del Padre Castor. Se trataba de libros sencillos, de pocas páginas, bellamente ilustrados y que, al comienzo, fueron rechazados por libreros y profesores. Al comienzo, porque entre 1932 y 1939 se publicaron 80 títulos de esta serie.

Entonces, aquí podríamos tener un ejemplo de una “literatura infantil”, concebida expresamente para sus posibles lectores. O sea, un ejemplo de lo que hacen actualmente muchas editoriales dedicadas a producir textos educativos o destinados a colegios, entre los que se encuentran tanto libros hechos para ser aprobados y adoptados por los entes educativos como libros que escapan —con el tiempo— a esa intención y que mueren o viven gracias al fanatismo de sus lectores.

Ha sido este fanatismo el que ha llevado a las aulas a más de un libro que podría haberse considerado de baja cultura. Y también ha sido ese fanatismo —a veces infantil, a veces de adultos avezados— el que ha hecho traspasar la frontera de sus destinatarios a autores como Defoe, Swift, Collodi o, para ser más localistas, a Alberto Fuguet.

El lector *freak*

En ahora, tras este escueto marco, que me propongo hablar de mi experiencia lectora. Mi experiencia como un lector *freak*.

Nunca aprendí a nadar, a patinar ni a andar en bicicleta. Porque aparte de *nerd*, leía sin freno (aparte de ver todo tipo de cine, desde el denso alemán hasta cualquier musical en estreno).

Como lector fui siempre omnívoro, pero la ciencia ficción ha sido —desde entonces— uno de mis platos favoritos. A modo de ejemplo: si hay gente que busca las portadas amarillas de Anagrama, yo era un adicto a la editorial Minotauro. Allí encontré gran



parte de mis lecturas favoritas y también a aquellos autores que leo hasta el día de hoy.

Theodor Sturgeon. Su libro *Más que humano* trata de la evolución posterior al homo sapiens, la cual está conformada por un par de niñas negras que se teletransportan, por un bebé mongólico con mente de computador, por una niña que mueve objetos y por un idiota que coordina a este homo gestalt. Y cuando “nace” este nuevo ser, la pregunta surge de inmediato: “El Homo Gestalt no puede tener una moral, pues está solo. Una ética entonces. Un código del individuo para la supervivencia de la sociedad”.

Fueron tardes dándole vueltas a estas preguntas, lo mismo que tras leer *Juan Raro* de Olaf Stapleton, la historia de un niño superdotado que termina atrincherado en una isla y que es eliminado por las fuerzas de la razón y la normalidad. ¿Les sorprendería saber que Borges opinaba de otro libro del mismo autor, *Hacedor de estrellas* que “además de una prodigiosa novela, es un sistema probable o verosímil de la pluralidad de los mundos y de su dramática historia”.

Fueron tardes buscando en las tiendas de libros viejos, descubriendo a los autores que vivían bajo el paraguas de Minotauro.

Así llegué a *Los libros del sol nuevo*, donde el protagonista es un aprendiz de torturador en un mundo extraño, de corte fantástico y medieval. Así me encontré con Ursula K. Le Guin, autora de la serie de libros fantásticos de Terramar, donde el bien máspreciado es el nombre secreto de objetos y personas. De ella es también *Los desposeídos*, la historia de un embajador que debe viajar a un planeta donde se vive según los principios del anarquismo. Y otro embajador es el protagonista de *La mano izquierda en la oscuridad*, donde los habitantes son hermafroditas y lo que parte como un choque cultural se diluye en una historia de sorpresa y comprensión.



Aparte, y como dato curioso, esta autora es una de las mejores traductoras de Gabriela Mistral al inglés.

Y ojo con un dato: en esos años los lectores de Tolkien éramos harto menos. Por lo mismo, andar con *El señor de los anillos* bajo el brazo era un mensaje de rechazo más que de integración. Pero los tiempos cambian, a veces.

Para terminar con Minotauro, a través de ellos descubrí el alucinante mundo de *La naranja mecánica* de Anthony Burgess, el *hardcore* más enfermizo del *Crash* de J.D. Ballard y la punta de la hebra de Phillip K. Dick, con su libro más *mainstream*, *El hombre en el castillo*.

Hoy, puedo jactarme de tener prácticamente toda la obra de este demente, el que se ha hecho popular gracias a la adaptación cinematográfica de sus obras, con *Blade Runner*, *Minority Report* o *El vengador del futuro* entre otras. Un demente que es calificado por la Le Guin como un nuevo Borges.

En fin. Esa fue una de mis facetas como lector *freak*. Ayudado por mi entusiasmo y por mis obsesiones. Y hasta el día de hoy creo que muchos de esos libros podrían leerse en los colegios. Porque aunque son viejos, algunos de los años 30, gozan de buena salud. Y hay que reconocer que, por fortuna, hay uno de los miembros de este club que sí se recuerda en las aulas: Ray Bradbury.

Y para el que piense que estoy entregando oreja y rabo, nunca hay que olvidar aquella frase que se conoce como la Revelación de Sturgeon: "El noventa por ciento de la ciencia ficción es basura, pero también el noventa por ciento de todo es basura".

Corolario 1: "Se admite la existencia de una inmensa cantidad de basura en la ciencia ficción y es lamentable, pero no es más innatural que la existencia de la basura en todas partes."



Corolario 2: "Lo mejor de la ciencia ficción es tan bueno como la mejor ficción en cualquier campo."

Y más

Partí con mi faceta de ciencia ficción y fantasía porque fue una de las más huérfanas en la etapa escolar. Por suerte las películas le han dado un nuevo aire a los libros de Narnia y al ya mentado Tolkien. No ha ocurrido lo mismo con la más reciente trilogía de *La Materia Oscura* de Phillip Pullman, una obra tan grandiosa como controvertida, por lo que —de seguro— resulta más molesta que otra cosa dentro de un plan escolar.

Y, volviendo a la memorabilia, en esa época caí también en otro ciclo, el de los mitos de Cthulhu de H. P. Lovecraft. Para quienes no los conocen, son una serie de relatos y novelas de distintos autores, liderados por Lovecraft, en los que unas fuerzas primordiales están a punto, siempre, de intervenir nuestra realidad, con resultados espantosos para el género humano. Se trata de horrores viscosos e indescritibles que esperan, eternamente, cruzar el umbral hacia nuestra realidad.

Hasta el día de hoy, al encontrarme con otros fanáticos de estos mitos, resulta imposible ponerse de acuerdo sobre cómo se pronuncia el nombre de cada uno de esos demonios mayúsculos.

Y prosigo: no sé si ustedes, pero en mis años escolares también pasé por la etapa de la malditez. Leí a Baudelaire y a Rimbaud, pero los recuerdos más intensos vienen de *Los cantos de Maldoror*, de ese hermano latino —el uruguayo Isidore Ducasse— rebautizado como Conde de Lautrémont.

Qué libro más distorsionado, con esa escena de la cópula entre Maldoror y una tiburona.



De ahí caí en algunos existencialistas, pero aparte de *El extranjero*, poco empaticé. Tal vez sí me quedó algo de aquella frase con que parte *Aden Arabia* de Paul Nizan: “Yo tenía veinte años. No permitiré que nadie diga que es la edad más bella de la vida”.

¿No sería pertinente que otros libros de iniciación, como *El guardián en el centeno*, fueran parte de las lecturas sugeridas para estos años?

Mi experiencia, el año pasado, fue dársela a leer a un grupo de estudiantes de pedagogía básica.

Su reclamo, una semana después, fue: “¿No hay más libros como éste?”

Es un caso similar al de Manuel Pennac —descrito en *Como una novela*—, cuando leyó en un colegio de los suburbios el primer capítulo de *El perfume* de Süskind.

El resultado fue explosivo.

Yo en cambio, por mi parte, tuve una experiencia implosiva al intentar leer el Quijote para una prueba. Y fue recién después de muchos años, al leer que le gustaba a Paul Auster (y a mí me gustaba *El palacio de la luna*) que volví a tomarlo en mis manos.

Y tampoco pude leerlo.

Pero todas estas experiencias, que más parecen una letanía del lector solitario, sufrieron una iluminación en mi último año escolar. Fue entonces que mi profesor de castellano, más conocido como “el cogote de goma”, nos pasó sendas fotocopias de un par de resúmenes hechos por él.

Se trataba de un par de libros de ensayo. Uno de T. S. Eliot, el otro de Paul Valéry.

No sé en qué estaba pensando él al aproximarnos a nosotros, pobres bípedos implumes, a dos maestros de la sutileza. Y no sé qué mella puede haber hecho en el resto este ejercicio, pero en mí despertó una sintonía fina que duraría muchos años.



Una que me permitió disfrutar de la ironía de Oscar Wilde y de la ética estricta de Ralph Waldo Emerson.

Y fue tal vez porque él nunca nos habló desde lo alto, aunque su mensaje era realmente sublime.

Y a modo de coda

Para finalizar y no aburrirlos, me gustaría hablar de algunos autores y géneros que, creo, caen también en esa franja tan interesante de la *midcult*.

En mis conversaciones con lectores *freaks* de esta época, me he encontrado con el caso de un preadolescente que lee las novelas del comisario Kurt Wallander y que, al recibir de su padre la serie televisiva, prefirió postergar su visionado hasta que termine todos los libros de la serie.

He conversado con huérfanos de Harry Potter, de Narnia y de Tolkien, quienes buscan otros autores para seguir con la fiesta en sus cerebros. Por suerte hay más, como los mismos libros de Terramar, o el grueso *Jonathan Strange y el Señor Norrell* de Susanna Clarke.

Más de una vez he manifestado la peregrina idea de que la poesía de hoy se encuentra en las canciones. ¿O es muy tonto lo que estoy diciendo?

También hay bibliotecarias a las que novelas gráficas como *MAUS* de Art Spiegelman o *Persépolis* de Marjane Satrapi, han congradado con un arte que le da cuerpo y personalidad a temas tan espinosos como el Holocausto o el vivir bajo una tiranía religiosa.

Hay fanáticos de Neil Gaiman. Por su *Coraline*, algunos, o por su densa historieta llamada *Sandman*.



La verdad, hay mucho que explorar entre lo alto y sus clásicos, y lo bajo, con algunos títulos infantiles que no resisten mucho análisis.

Lo que es yo, sigo en movimiento. Me he convertido en un fanático del humor del británico Terry Prattchet y sus libros de Mundodisco. Además, acabo de encontrarme tardíamente con la delirante trilogía en cinco partes de *La guía del autoestopista galáctico*. Gozo como cabro chico con la serie del *Capitán Calzoncillos* de Dav Pilkey y creo que no hay mejor autor en el mundo mundial, para primeros lectores, que Mo Willems y sus libros de la paloma y de *Cat the cat*. He ido explorando otros libros de Anne Fine y he descubierto que un clásico como *Pippy Calzaslargas* es un libro alucinante e irrespetuoso.

Todos ellos influyen hoy en mi felicidad lectora. Y también en clarificar mi estilo, que ojalá se acerque —un poquito que sea— a estos verdaderos maestros de la irreverencia.

Porque en lo más profundo de mi ser, los imagino como conciudadanos en esa tierra media donde habita una raza de lectores entre los que corre sangre y bombea el corazón. Porque son como las barras bravas de las letras.

Y, eso, lo de ser una comunidad como la del anillo, no es muy común entre cultores de un placer tan solitario como es la lectura.